

cion de bienes. Este severo código prueba que por mucho que ocupasen al conquistador las consideraciones espirituales, no se olvidaba tampoco de las terrenales.<sup>1</sup>

Tales disposiciones no se quedaron solo escritas, pues poco tiempo despues de promulgadas, las sancionó Cortés ahorcando á dos de sus esclavos por haber robado á los indios. Igual castigo recibió un soldado por un motivo semejante; bien que le bajaron de la horca antes de que estuviese enteramente consumada la ejecucion. Cortés conocia bien el carácter de sus compañeros, que rudos y turbulentos, necesitaban ser gobernados con mano de hierro. Sin embargo, procuraba no descargarla por frívolos motivos. La intimidación en que la mancomunidad de peligros y padecimientos ponía á los oficiales y á los soldados, era muy desfavorable á la disciplina militar. Hasta los modales francos y abiertos del general, favorecian esta licencia que él no reprimía en circunstancias comunes, acaso por considerarlo difícil ó aun impolítico pues que ella era una especie de válvula de seguridad por donde se evaporaba la hirviente licencia de la soldadesca, la cual, reprimida

<sup>1</sup> Todas estas disposiciones las refieren Herrera, Solís, Clavijero y otros; pero con tal inexactitud, que es claro que jamás vieron el instrumento original. El que yo tengo está sacado de la colección de Muñoz. Como á pesar de ser curioso ó interesantísimo, nunca ha sido publicado, lo doy íntegro en mi Apéndice, parte 2, núm. 13.

violentemente, podría producir una esplosion. Pero los límites de su condescendencia eran conocidos y toda tentativa para traspasarlos espeditivamente castigada. Así, templando la severidad con la indulgencia, encubría una voluntad inflexible bajo los modales abiertos de un soldado, y logró tener á raya á sus audaces y desalmados aventureros, mejor de lo que jamás lo habrá conseguido uno de esos pedantes pedagogos, escrupulosos en velar por la observancia hasta de las bagatelas de la disciplina militar.

Las ordenanzas aunque tienen fecha del 22 de Diciembre, no fueron promulgadas al ejército, sino hasta el 26. Dos días despues, estaban en marcha las tropas, y Cortés puesto á su cabeza, salió entre músicas y festejos de la capital republicana que tan generosamente le había dado asilo, y que por dos veces le había proporcionado los medios de llevar á cabo su gigantesca empresa.

La población de la ciudad venía tras el ejército diciéndole el último adiós á sus compatriotas y rogando á los dioses que les ayudasen.

No obstante que eran muchos los indios que venían con Cortés, él solo á una pequeña parte permitió que le acompañase. Determinó establecer su cuartel general en un punto del lago de Tetzcoco;

desde el cual pudiese dañar á la ciudad reduciéndola á una especie de sitio. <sup>1</sup>

En cuanto al ataque ó asalto, resolvió dejarlo para cuando estuviesen concluidos los bergantines, para poder darlo con mayores ventajas. Entre tanto, no quiso embarazarse con una multitud de tropas inútil y difícil de mantener, y prefirió dejarla en Tlaxcallan para que convoyase los buques cuando estuviesen acabados y le ayudase en sus ulteriores operaciones.

Tres caminos se le presentaban á Cortés por donde entrar en el valle mexicano, pero él eligió el mas difícil y que pasaba por la fragosa sierra que separa la mesa oriental de la occidental, cuyo camino era tan fragoso y lleno de precipicios que apenas podia servir para la marcha de un ejército. Seguramente creyó y con razon, que así seria menos molestado por los indios, que se fiarian de la aspereza misma del terreno.

El primer dia anduvieron cinco ó seis leguas, con Cortés á la vanguardia á la cabeza del pequeño cuerpo de caballería. Hicieron alto en el pueblo de Tezmellocan, situado en la base de la colosal cadena de montañas que atraviesa el pais y que por su parte meridional toca con el gigantesco Iztaccihuatl

<sup>1</sup> Herrera, Hist. General, dec. 2, lib. 10, cap. 20. Bernal Diaz, cap. 127. El primer historiador dice que los aliados eran 8,000; el último que 10,000 ¿Quién sabe?

ó "mujer blanca" cubierto con las canas de los siglos. <sup>1</sup> En este pueblo tuvieron una amistosa acogida y al dia siguiente comenzaron á subir la sierra.

El camino era quebrado y sumamente fragoso. Multitud de arbustos y malezas embarazaban el terreno, y los torrentes del invierno habian hecho zanjas tan profundas que estorbaban el paso de la artillería; mientras que los troncos atravesados de los árboles lo dificultaban tambien para la caballería. El frio era cada vez mas crudo conforme iban subiendo, y hacia mucha impresion en los españoles acostumbrados últimamente á una temperatura cálida, ó por lo menos, templada; sin embargo de que la excesiva fatiga que les costaba la subida, les hacia resistirlo mas fácilmente. La única vegetacion que allí se veia era el pino cuyos oscuros bosques revestian la falda de la sierra, y aun esta vegetacion iba siendo cada vez mas pobre y escasa. Hizose noche antes de que los cansados españoles llegasen á la cresta de las montañas, en las que á toda priesa encendieron luminarias, procurando tam-

<sup>1</sup> Esta montaña que junta con su compañera forma lo que pudiera llamarse las columnas de Hércules del valle mexicano, ha sido bellamente comparada á causa de su larga cresta, al lomo de un dromedario. (Tudor's Tour, in North-America, let. 22.) Se eleva mucho mas allá de los límites que tienen los yelos en los trópicos; y su enorme cresta y faldas cubiertas de un blanco argentino, forma uno de los mas bellos espectáculos de que se goza desde la capital.

bien á fuerza de andar, calentar sus ateridos miembros y prepararse para la cena.

Al primer albor de la mañana ya estaban las tropas en movimiento. Díjose misa y comenzaron la bajada, mas difícil y penosa que la subida del día anterior; porque además de los obstáculos naturales, encontraron ramas de árbol, puestas de intento por los naturales para embarazar aun mas el camino. Cortés ordenó á un destacamento que lo despejase y el ejército prosiguió su marcha; pero siempre con el temor de que los indios hubiesen preparado una emboscada para sorprenderles en lo mas enmarañado del camino. Movíanse, pues, con cautela y desconfianza, sin apartar la vista de lo mas oscuro de los bosques donde creían que podría estar en acecho el enemigo. Pero no encontraron ningun ser viviente, excepto los selváticos animales que moraban en aquellos, y parvadas de *zopilotes* (buitres propios de aquel país), que, semejantes á una legion de espíritus malignos, venían delante del ejército, en espera del horrendo festin que les aguardaba.

En la bajada sintieron los españoles un agradable cambio de temperatura: la vegetacion mudó tambien de carácter; y al fúnebre pino que habia sido su único compañero durante la última parte del viage, sucedió el gigantesco encino, el *sycomoro* y un poco mas abajo el pimiento, cuyas rojas bayas se

confundían con el follage de las selvas. En las barrancas se veía el vistoso solano trepador, cuyos ricos frutos se ostentaban sobre las ramas y revelaban un clima mas suave y mas fértil.

Por último, el ejército salió á una llanura donde la vista, libre de los bosques que la circuián en la cumbre de los collados, podia espaciarse por todo el valle de México. Vefasele allá, bañado con los rayos del sol poniente, estenderse como dormido en brazos de los gigantescos montes que, semejantes á una falange de génios, lo circundan por todas partes. Aquel espectáculo magnífico y nuevo para muchos de los espectadores, los llenó de arrobamiento. Aun los veteranos de Cortés no pudieron verlo con indiferencia, no obstante que despertaba el acerbo recuerdo de los atroces padecimientos que habian pasado en aquellos hermosos, pero traidores recintos. El animoso Conquistador dice: "y prometimos todos de nunca de ella salir sin victoria ó dejar allí las vidas. Y con esta determinacion íbamos todos tan alegres como si fuera á cosa de mucho placer." <sup>1</sup>

Conforme avanzaron los españoles vieron brillar en las cumbres de los montes, hogueras que probaban que los habitantes estaban en alarma y reunidos para recibirles. El general previno á los suyos que no se olvidasen de su alta fama, que cuidasen

<sup>1</sup> Relac. Tercera, en Lorenzana, pág. 188.

de marchar en orden y juntos y de obedecer exactamente las órdenes de sus oficiales.<sup>1</sup> A cada vez que daban la vuelta de alguna montaña esperaban encontrarse un ejército prevenido á disputarles el paso; y al ver que pasaron los desfiladeros de la sierra sin ser molestados, temieron encontrar en el valle un ejército que les obligase á pelear tan descomunadamente como en Otumba. Pero aunque de tiempo en tiempo se descubrian por las montañas partidas que parecian ser de pura observacion, llegaron sin obstáculo hasta una barranca por la cual pasaba un rio atravesado por un puente medio destruido. Del lado opuesto habia un fuerte ejército indio que parecia querer disputar el paso; pero fue-se que no confiara en su número, ó que le intimidara la marcha imperturbable de los españoles, se dispersó fácilmente y sin causarles daño ninguno, luego que recibió algunas cargas de caballería. En seguida continuaron su marcha sin ser molestados, hasta llegar á la pequeña ciudad de Coatepeque, donde pernoctaron. Antes de retirarse á sus cuarteles rondó Cortés el campamento, acompañado por unos cuantos caballeros escogidos, para ver si no

1 "Y yo torné á rogar y encomendar mucho á los españoles que hiciesen como siempre habian hecho; y como se esperaba de sus personas; y que nadie no se desmandase y que fuesen con mucho concierto y orden por su camino." Ibid; ubi supra.

habia riesgo.<sup>1</sup> Parece que sus ojos nunca se cerraban ni se fatigaba su cuerpo; el indómito espíritu que le animaba era el que le daba fuerzas para tanto.<sup>2</sup>

Sin embargo, tambien debe haber contribuido á tenerle despierto, la ansiedad y la duda, pues solo distaba tres leguas de Tetzoco, la celebrada capital de los Acolhuas, donde se propuso establecer sus cuarteles, si posible era; tanto por ofrecer cómodo alojamiento para todo el ejército, como porque comunicando con Tlaxcallan por un camino diferente de lque acababa de pasar, mas fácilmente podria ponerse en comunicacion con aquel punto, y recibir los bergantines luego que estuviesen listos para echarlos en las aguas del lago. Pero desconfiaba fundadamente del recibimiento que le harian en aquella ciudad, pues despues de la salida de los españoles habian sobrevenido en el reino de Tetzoco, cambios importantes, de que es menester informar al lector.

1 "E como la gente de á pié venia algo cansada y se hacia tarde, dormimos en una poblacion que se llama Coatepeque. .... E yo con diez de á caballo comencé la vela y ronda de la prima, y hice que toda la gente estuyese muy apercebida." Ibid, ubi supra.

2 En cuanto á la marcha del ejército, consúltese además de la carta de Cortés ya citada, á Gomara, cap. 121. Oviedo, Hist. de las Ind., lib. 33, cap. 18. Bernal Diaz, cap. 137. Camargo, Hist. de Tlaxcallan, MS. Herrera, Hist. General, dec. 2, lib. 10, cap. 20. Ixtlilxochilt, Relacion de la venida de los españoles y principio de la ley evangélica. (México, 1829,) pág. 9.

Ya recordará que el cacique llamado Cacamac, había sido depuesto por Cortés cuando en su residencia por primera vez en la capital, á consecuencia de una proyectada conspiracion contra los españoles; se había conferido la corona á su hermano el menor, llamado Cuicuitzca. El príncipe destronado era uno de los prisioneros que traía consigo Cortés y que perecieron en la terrible matanza de la noche triste. El hermano, temeroso de permanecer despues de la huida de los españoles, reinando sobre vasallos cuyas simpatías eran todas hácia los aztecas, abandonó el trono y fué á reunirse con el ejército en Tlaxcallan, á donde pudo llegar sano y salvo.

En el entretanto, otro segundo hijo de Netzahualpille, llamado Coanaco, hizo valer sus derechos legítimos al trono, que le pertenecía por herencia despues de muerto su hermano mayor; y como participaba del ódio que los aztecas profesaban á los blancos, fué confirmado en el trono por el emperador de México. A poco de su advenimiento tuvo una feliz oportunidad de probar eficazmente á su protector imperial, toda su lealtad á la causa de México.

Una partida de 45 españoles que ignoraba la catástrofe de México, llevaba allá una gran cantidad de oro y pasó por el territorio tetzcocano, donde fué atacada de orden de Coanaco; quedando muertos unos en el sitio mismo del combate, y siendo lle-

vados los demas á la capital para servir de víctimas. Las armas y vestidos de estos desgraciados fueron colgados como trofeos en los templos, y sus pieles curtidas, puestas sobre las aras de los dioses como si fuesen la ofrenda mas acepta para ellos. <sup>1</sup>

Algunos meses despues, el proscrito príncipe Cuicuitzca, cansado de residir en Tlaxcallan, se había vuelto secretamente á Tetzcoco con la esperanza de alzar un partido en su favor. Pero si en efecto eran tales sus esperanzas quedó cruelmente desengañado; porque no bien había puesto el pié en la capital tetzcocana cuando fué llevado á la presencia de su hermano, quien por consejo de Quautimotzin le condenó á muerte. <sup>2</sup>

Tal era el estado de los negocios en Tetzcoco, cuando Cortés se acercó por segunda vez á sus puertas; por manera que justamente desconfiaba no solo de la especie de recibimiento que le harian, sino aun de si le impedirían la entrada por la fuerza de las armas.

Disipáronse estos temores á la mañana siguiente, en que todavía ni se acababan de poner sobre las ar-

<sup>1</sup> Véase lo anterior.

Las pieles de estas infelices víctimas eran una ofrenda corriente en los templos indios, y los tenebrosos sacerdotes celebraban muchas de sus fiestas, bailando públicamente, envueltos en estos asquerosos despojos de sus víctimas. Sahagun, Hist. de la Nueva-España possim.

<sup>2</sup> Relac. Terc. de Cortés, ubi supra. Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 18.

mas los españoles cuando se recibió una embajada de Tetzcoco. Formábanla varios nobles, algunos de ellos ya conocidos de los soldados de Cortés. Traían una bandera dorada y un regalo de poco valor, en señal de paz y amistad: además eran los portadores de un mensaje en que ofrecía el señor de Tetzcoco, con tal de que se perdonase á su ciudad, alojar en ella á los blancos y jurar vasallage al rey de España.

Cortés disimuló el placer que le causaba aquella nueva, y pidió ásperamente cuenta de los españoles asesinados y exigió la restitucion inmediata de lo que les habian quitado; pero los embajadores echaron toda la culpa del hecho al emperador azteca, por cuyas órdenes dijeron que se habia cometido y en cuyo poder paraba el tesoro quitado á los españoles. Instaron á Cortés para que no entrara en la ciudad en aquel dia, sino que permaneciese en los suburbios hasta que no estuviesen enteramente listos los alojamientos para el ejército, pero el general no les dió oídos y continuó su marcha, y al medio dia del 31 de Diciembre de 1520, entró á la cabeza de sus legiones, en la ciudad de Detencion, como no sin razon se llamaba á Tetzcoco.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Tetzcoco, nombre chlochimco, significa segun Ixtlilxochitl, "lugar de detencion ó de descanso," porque allí hicieron alto las diferentes tribus del Norte, al entrar en el Anáhuac. Hist. Chich., MS., cap. 10.

Quedóse asombrado lo mismo que la primera vez, de la soledad y silencio que reinaba en aquella poblada y bulliciosa ciudad. Fué llevado al palacio de Netzahualpilli que le habia dado para cuartel. El tal palacio era un conjunto de edificios bajos que ocupaban un espacioso terreno, á la manera del cuartel que tuvieron en México. Su capacidad era tal, segun Cortés, que no solo bastaba para todo su ejército, sino para otro doble.<sup>1</sup> Dió orden de que se respetase religiosamente la propiedad y personas de los habitantes, y prohibió á sus soldados, bajo pena de muerte, salir del cuartel.

Sus órdenes no fueron parte á impedir los desmanes del ejército aliado, que si hemos de creer al cronista tetzcocano, incendió luego que llego uno de los palacios reales donde estaban los archivos de la nacion. Pero de cualquiera manera que haya ocurrido el incendio, es de deplorar por todos los anticuarios, quienes acaso pudieron haber encontrado en aquellos geroglíficos alguna luz sobre las emigraciones de las primitivas razas que asentaron en las montañas de Anáhuac.

<sup>1</sup> "La cual es tan grande que aunque fuéramos doblados los españoles nos pudiéramos aposentar bien á placer en ella." Relac. Terc., pág. 191.

"De tal manera que se quemaron todos los archivos reales de toda la Nueva-España, que fué una de las mayores pérdidas que tuvo esta tierra, porque con esto toda la memoria de sus antigallas y otras cosas que eran como escrituras y recuerdos, perecieron."

Alarmado por la aparente despoblacion de la ciudad, y porque no salió á recibirlo ninguna de las personas de calidad, mandó Cortés á una partida de soldados que subiesen al teocalli y observasen cuanto pasaba en la ciudad. A poco dieron aviso de que los habitantes estaban saliendo con familias y todo, de la ciudad; los unos que en canoas se internaban en el lago, y los otros que á pié se retiraban á los montes. El general comprendió entonces lo que significaban las instancias del cacique para que pernoctase fuera de la ciudad, lo cual tenia por objeto ganar tiempo para evacuarla. Temió que se le escapase el cacique mismo, y para estorarlo destacó en las avenidas, partidas que detuviesen á los que intentasen salir y que aprehendiesen al cacique si él era de éstos; pero ya era tarde, porque Coanaco iba ya muy lejos en el lago, camino de México.

Cortés juzgó conveniente aprovecharse de este acontecimiento, para poner en el trono á otra persona que fuese mas adicta á la causa de los españoles. Convocó un consejo compuesto de los pocos magnates que aun quedaban en la ciudad, y por su dictámen, y en apariencia por su eleccion, hizo subir á un hermano de Coanaco, al trono que decla-

ron desde este tiempo. La obra de Las-Casas era la mejor y mas artificiosa que hubo en esta tierra." Ixtlilxochilt, Hist. Chich., MS., cap. 91

raron vacante. Este príncipe consintió en ser dócil instrumento de los españoles, pero sobrevivió pocos meses, <sup>1</sup> y fué sucedido por otro miembro de la familia real, llamado Ixtlilxochilt.

Este, que era general de sus ejércitos puede decirse que gobernó el reino durante la vida de su hermano. Como este personage tuvo despues mucho que ver en los asuntos de la conquista, á cuya consumacion contribuyó muy principalmente, vendrá hablar algo de la historia de sus primeros años tan llena de maravillas como la de un héroe de la antigüedad. <sup>2</sup>

Era hijo del gran Nazahualpille, habido en sus

<sup>1</sup> El historiador arriba citado paga el siguiente homenaje á su real pariente Tecocol, siendo cosa estraña, que este nombre no se encuentre en ninguna historia de aquel tiempo, con excepcion de la de Sahagun. "Fué el primero que lo fué en Tetzcoco con harta pena de los españoles, porque fué nobilísimo y lo quiso mucho. Fué D. Fernando Ticocolzin, muy gentil hombre, alto de cuerpo, y muy blanco, tanto como podía ser cualquier español por muy blanco que fuese y que mostraba en su persona y término descender y ser del linage que era. Supo la lengua castellana y así casi las mas noches despues de haber cenado, trataban él y Cortés de todo lo que se debía hacer acerca de las guerras." Venida de los españoles, págs. 12, 13.

<sup>2</sup> El advenimiento de Tecocol y aun su existencia ha quedado sin mencionar por algunos historiadores y por otros ha sido dado á conocer, pero de una manera tan equívoca por haber omitido el nombre, que es muy dudoso si se habla mas bien de su menor hermano, Ixtlilxochilt. El historiador tetzcocano que lleva este melodioso nombre, es el único que ha hablado algo de la historia de aquel príncipe. He adoptado sus noticias, que supongo exactas, porque como pariente debía saberlas bien, aunque es necesario confesar que es tan crédulo que no siempre se le debe dar fé.

segundas nupcias. Algunos prodigios extraordinarios que acaecieron cuando nació y el tétrico aspecto que tomaron los astros, hicieron que los astrólogos despues de consultar el horóscopo del príncipe aconsejasen á su padre que le quitase la vida, pues de llegar á crecer estaba destinado á unirse con los enemigos de la tierra y á cooperar con ellos á la destruccion de su religion y de sus leyes; pero el anciano les replicó, que era llegado el tiempo en que los hijos de Quetzalcoatl debian venir del Oriente á poseer y sojuzgar la tierra, y que si su hijo estaba predestinado á trabajar en esta obra, era inútil oponerse á lo determinado por el Altísimo.<sup>1</sup>

Conforme el infante fué creciendo en años, fué dando muestras no solo de su talento precoz, sino de una actividad malévola, que dió mucho que temer sobre su futuro destino, Teniendo apenas doce años formó una compañía de niños de su edad ó un poco mayores, con los cuales practicaba los ejercicios militares, simulaba juegos bélicos y algunas veces atacaba á los habitantes pacíficos, poniendo á toda la ciudad en confusion y alboroto. Algunos de los antiguos consejeros del rey enlazando estos he-

1 "El respondió que era por demás ir contra lo determinado por Dios el Criador de todas las cosas, pues no sin misterio y secreto juicio suyo le daba tal hijo al tiempo y cuando se acercaban las profecías de sus antepasados que habiase venir nueva gente á poseer la tierra como creen los hijos de Quetzalcoatl, que aguardaban su venida de la parte oriental." Hist. Chich., cap. 69.

chos con las predicciones de los astrólogos, insistieron en aconsejar al rey que acabase con el príncipe si no queria que su reino fuese algun dia envuelto en la anarquía. Este desagradable consejo llegó á oídos del príncipe, quien ofendido é irritado se puso á la cabeza de su compañía de mancebos, entró en las casas de los principales consejeros, los sacó de ellas arrastrándoles y les dió "garrote," que era el modo con que se ejecutaba la pena capital en Tetzcoco.

Arrestáronle y lleváronle á la presencia de su padre; y al preguntarle por los motivos de su conducta, respondió friamente: "que él habia hecho nada mas que lo que tenia derecho de hacer: que los culpables consejeros habian merecido aquella suerte por haber intentado enagenarle el afecto paternal, sin mas razon que porque él gustaba apasionadamente de la profesion de las armas, la mas noble profesion del estado y la mas digna de un príncipe: que si habian sufrido la muerte, esto mismo le preparaban á él." El sabio Nezahualpilli, añade el historiador, juzgó de gran peso estas razones, y no encontrando en aquella accion nada de vil ni de bajo, sino un arranque de la juventud y la efervescencia de un espíritu intrépido que con el tiempo podia servir de grandes cosas, se contentó